



## STRAUSS Y RENAN

(Para LA NACION)

SALAMANCA, noviembre de 1914. T

Es curioso lo que con la actual guerra europea está pasando en España. La cual se ha dividido en dos partidos, el de los germanófilos y el de los francófilos, o más bien, anglófilos, ya que, como se ha dicho repetidas veces, es «fobia», odio, y no «filia», no amor, lo que en general mueve a unos y a otros. Y se ha dividido la opinión lo mismo que se divide en pro y en contra de dos toreros cualesquiera: Belmonte y el Gallo, y no por motivos más hondos y con mejor conocimiento de causa. Ha sido un nuevo pretexto para que se diseñen y se enfrenten y se combatan las dos Españas en que por lo menos está dividida nuestra España. Y no caeré en la tontería de llamarlos la vieja y la nueva, pues ambas son a la vez viejas y a la vez nuevas.

Hay quien presume que los unos se han declarado germanófilos precisamente porque los otros se declararon germanófilos y viceversa y sin otro motivo. Algo de esto puede haber, pero no mucho.

Lo interesante es que el entusiasmo y la admiración, no por Alemania, a la que no conocen y de la que no tienen idea alguna precisa y exacta, sino por el ejército prusiano y su manera de conducir la guerra y su disciplina y las cosas que del kaiser se cuenta, venga en España de los partidos llamados de la extrema derecha, del jaimismo, del maurismo y de los católicos exaltados. El clero, y, sobre todo el clero regular, los frailes, casi todos hacen votos por el triunfo de Alemania. Entra por mucho en esto, claro está, que no olvidan que Francia separó la Iglesia del Estado, y expulsó a las órdenes monásticas que no quisieron someterse a las condiciones legales que para su permanencia en suelo francés les exigía, pero bien podían recordar también el «Kulturkampf» alemán. No es eso solo. Es un supersticioso culto a la jerarquía, a cierta disciplina, a lo que llaman el orden, creyendo que éste se halla mejor garantido en la militarizada Alemania aprusianada. Y es el culto a la violencia, y digámoslo claro, a la pedantería. A la pedantería de barbarie más que a la barbarie misma.

De las especies disparatadas que corren en España entre esas gentes de extrema derecha, una de las más disparatadas es la de que el kaiser es en secreto católico. Ello es estúpido de ingenuidad ignorante. Y, sin embargo, hay quienes fingen creerlo.

Los liberales y los radicales no acaban de explicarse bien el por qué de la sugestión que sobre los conservadores y reaccionarios ejerce la luterana

Alemania, el país de la exégesis racionalista aplicada a la interpretación de la Biblia. Y, sin embargo, la explicación me parece obvia. Es muy raro oír a un predicador católico de los nuestros declamar contra Kant, Fichte, Schelling, Hegel, Schopenhauer, Schleiermacher o siquiera contra Feuerbach, Haeckel—barajo los de verdadero valor con los que valen muy poco, como este último—y contra otros filósofos y pensadores alemanes perfectamente heterodoxos y racionalistas. Por lo general se han quedado en Voltaire y Rousseau. ¿Es ignorancia tan sólo? ¿Es que andan atrasados de noticias? No, no es solamente eso. Es que comprenden que un Voltaire ingenioso, ameno, transparente, divertido, hizo mucho más estragos contra la dogmática católica que toda la crítica, muy profunda sí, pero poco accesible y casi nada amena de un Kant, y que un Rousseau romántico, apasionado y elocuente es un enemigo cien veces más temible que un filósofo poco o nada artista. Es al arte, es a la literatura, no a la ciencia, no a la filosofía, a lo que más temen. Su enemigo no es tanto la fría razón, por desgracia ocupada y crítica que ésta sea, como la imaginación y el sentimientos apasionados.

Los dogmatismos religiosos han acabado casi siempre por entenderse con los criticismos racionalistas y firmar alianzas con ellos. Es la imaginación no la razón, la verdadera madre de las herejías. La razón suele resignarse a una posición agnóstica o escéptica, y el dogma concluye por avenirse con el agnosticismo y el escepticismo. Los grandes ortodoxos suelen ser intelectualistas y hasta, a su manera, racionalistas. Basta estudiar con cuidado a Santo Tomás de Aquino o a Bossuet. Y, por otra parte, conocidas son las simpatías de Augusto Comte, el gran apóstol del positivismo, por la Iglesia católica.

La exégesis de David Federico Strauss en su famosísima «Vida de Jesús» parece a primera vista más formidable que la de Ernesto Renan en la suya. El libro del alemán es, desde luego, más voluminoso que el del francés y se nos aparece con un mayor aparato técnico.

El de Renán pasa por ser más ligero, más superficial, y sólo porque es más ameno, más literario, más poético, es decir, más sentido. Pero los fieles y ortodoxos creyentes en la divinidad de Jesucristo barruntan muy bien que el librito del francés es de efectos más formidables que los tomazos del alemán. Su misma vaguedad e imprecisión sentimentales le ayudan. Contra esos ataques aéreos, que vienen envueltos en niebla, los cañonazos dialécticos del viejo silogismo no sirven de nada. Y en los seminarios se les seca y agosta el alma a los futuros abogados de la fe con toda la lógica medieval silogística. Y se les comprime sistemáticamente la imaginación que es, repito, la enemiga de la fe.

Lo que teme la ortodoxia es la ima-





ginación, el arte, y sobre todo la ironía. Un Anatolio France es hoy para ella un enemigo peor que un Adolfo Harnack. Y recuerdo haber oído a un jesuita muy sagaz decir que Cha-teaubriand, que se confesaba católico, es uno de los que más daño han hecho al catolicismo queriendo defenderle con fantasías. La imprecisión imaginativa es lo que más temen. Es decir, la vida.

Y de ahí que se sientan más a seguro en la concepción técnica de la ciencia que parece dominar en la actual Alemania prusianizada, donde la química se reduce tanto a droguería y la mecánica a ingeniería. El entusiasmo del ortodoxo es la ciencia aplicada, son las maravillas de la industria. Le teme a la ciencia pura, a la especulación desinteresada. El que se pone a estudiar fisiología, v. gr. sin tener a la vista sus aplicaciones a la medicina o a la higiene corre riesgo de ir a caer en graves herejías. Buen ejemplo de ello nos da Darwin. Las vanas y ociosas curiosidades son siempre muy peligrosas. Y así veréis con cuánta frecuencia fanáticos e intransigentes católicos se entusiasman con el progreso material y con los adelantos de la ciencia industrial o de la industria científica—teléfono, fonógrafo, aeroplano, etc.—y se alarman de las paradojas de los soñadores.

De tiempo en tiempo aparece en los periódicos que se llaman a sí mismos católicos por autonomasia—es decir los que viven de esa profesión, muy industrial, de catolicismo periódico y periódico—la noticia de que un fraile ha inventado un freno automático o un nuevo producto químico o un aparato eléctrico, y la noticia suele ir seguida de este comentario: «y luego dirán los ignorantes enemigos de la Iglesia que ésta se halla reñida con los progresos de la ciencia». Es decir, con la ingeniería.

A nadie he oído manifestaciones de cientifismo materialista, de desprecio a la ciencia pura, a la verdadera ciencia, a la filosofía, más cortantes y más escandalosas que las que he oído a fanáticos e intransigentes católicos de la extrema derecha. Es el culto a la letra y a la técnica, que implica el odio al espíritu y a la sabiduría.

Y si he combatido siempre lo que suelo llamar el cientifismo de los materialistas prácticos de la extrema izquierda es, entre otras cosas, porque sé que es esa la posición más débil para resistir el materialismo ortodoxo de los que no quieren oír de filosofía alguna fuera del dogma.

Es que los dogmáticos ortodoxos tienen su filosofía—se me dirá—y yo contestaré que la tal filosofía no es sino apologética, es decir, abogacía. Es

hecho, enderezada a apoyar afirmaciones previas perfectamente afilósóficas. Y la abogacía, sea del género que fuere, es lo más opuesto que cabe a la verdadera filosofía.

Decididamente, el que se estudie física y química para poner en claro la íntima constitución de la fuerza y de la materia, es algo que puede poner en conmoción los fundamentos alodiosos de la defensa de la doctrina ortodoxa de la transubstanciación, pongamos por caso, y es mejor que los honores se distraigan en aplicar esos estudios a la construcción de morteros del 42 y de nuevos explosivos. La casa Krupp es una gran descongestionadora de peligrosísimas investigaciones.

Se nos dirá que también hay en Alemania hoy ciencia pura e investigadores especulativos atentos no más que a explorar el campo del misterio. Sin duda alguna y esto nadie puede negarlo; pero por una parte nuestros reaccionarios germanófilos no saben gran cosa de eso, como no saben casi nada de nada, y por otra parte, para ellos la ingeniería y la droguería y la erudición sobrepujan y casi ahogan en Alemania a la pura ciencia, y sobre todo barruntan que la imaginación, el gusto, el arte, lo intuitivo, lo genial, todo, en fin, lo que hace singularmente temible a la ciencia y a la filosofía está en una enorme decadencia en la Alemania de hoy, tecnicista, industrial, ingenieril, droguera, erudita... chinesca, en fin, y que vive dentro de una muralla empeñándose en desconocer el resto del mundo.

Barruntan también nuestros reaccionarios que hoy florece en Alemania una especie de ortodoxia, si no luterana, al menos imperialista, y que hay una economía imperialista—la de Wagner—una ciencia política imperialista—la de Treitschke—una antropología, una sociología, una etnografía, una historia... imperialistas. El imperio prusiano ha corrompido a los sabios y a su ciencia, haciendo de ellos abogados del imperialismo. Apenas el ánimo ver hasta qué punto hombres de verdadera inteligencia y de sólidos conocimientos se rebajan a la más sofisticada abogacía, ahogando la libertad de su conciencia. El libre examen, principio de la Reforma protestante, no es más que un mito. La infatuación colectiva ha contribuido a oprimirlo.

Y las ortodoxias todas—católica, luterana, calvinista, anglicana, nacionalista, imperialista—se entienden entre sí. El verdadero libre pensador, el verdadero libre creyente, el verdadero hereje, este es el enemigo. Lo que quiere y busca todo ortodoxo, sea del dogma que fuere, es habérselas con otro ortodoxo también, con otro que le presente un cuerpo coherente y sistematizado de doctrinas fijas, pétreas, inmovibles. Strauss era, a su modo, un ortodoxo del nacionalismo, y Renán no lo era. Renán se permitía escapadas al campo encantado de los ensueños y de las vagas suposiciones. Y tampoco te-





mía demasiado el contradecirse. Y esto horroriza a los abogados.

Conocí en esta vieja y tradicional ciudad de Salamanca un hombre singular que parecía arrancado del siglo XIII, un rígido y adusto católico ortodoxísimo, integrista e intransigente. Era profesor de historia. Con sus cosas podría escribir todo un libro. Y se aparecería a mis lectores como una especie de megaterio o mastodonte espiritual, un ejemplar de una especie paleontológica. Era ferviente germanófilo. Uno de sus autores favoritos era Sthal, aquel protestante de quien tanto han aprendido los integristas católicos. Y ese hombre singular me dijo una vez que él no leía ataques al catolicismo y refutaciones de él como no vinieran de otra ortodoxia cualquiera. Lo no ortodoxo no le parecía serio. Para combatir un cuerpo de doctrina filosófica o religiosa creía que hay que hacerlo desde otro cuerpo de doctrina. Contra una batería de cañones, otra; la cuestión es que se sepa adonde hay que disparar para defenderse. Lo terrible son los golpes que vienen de las nubes y ahora de aquí y luego de allí, y peor aun si vienen acompañados de vistosos y caprichosos relámpagos, de golpes de ingenio.

Nuestros reaccionarios españoles se figuran que el triunfo de Alemania significaría en primer lugar una derrota del socialismo—y acaso no les falte razón en esto,—y luego el prestigio de la jerarquía, de la subordinación, de la técnica sobre la libre y alada y fantástica investigación, de la droguería, de la ingeniería, de la erudición, de la bibliografía, de la estadística, y sobre todo de la abogacía imperialista. Es decir, de todo lo que no es la aborrecida imaginación y el ligero humor y la gracia y la ironía y el humorismo y la pasión. ¿Que se equivocan? Es muy fácil que así sea. Es muy fácil que el triunfo de Alemania significara muy otra cosa de lo que ellos creen y de lo que creen acaso los fautores y directores de la guerra en Alemania misma. Pero lo que importa para lo que tratamos no es lo que pueda ocurrir, sino lo que ellos creen que ocurrirá.

Ved por qué nuestros reaccionarios, profundamente materialistas y positivistas y odiadores del verdadero espíritu y sobre todo de la imaginación, se sienten germanófilos. La admiran también porque admiran la fuerza pura,

MIGUEL DE UNAMUNO

